

EDUCACION MODERNA

CONCEPTO — ORIENTACIÓN

Educación es reformar.

Educación es pulir: pulir es reformar procedimientos, perfeccionar, destruir asperezas y hacer vidas promisoras en la ascendente evolución de la personalidad humana.

Instruir es formar cerebros, es cimentar, agregar ideas, aniquilar prejuicios, construir conciencias plenas. Ambas entidades, educación e instrucción, tienden o deben tender al mismo fin: corregir defectos, indicar sendas nuevas en el duro peregrinar de la existencia, combatir con eficacia las reacciones naturales, armar al hombre para prevenirse y defenderse, dignificar al ciudadano, dar personalidad al individuo, para terminar en la *última ratio*, principio y fin de todos los seres: formar la personalidad humana en su triple aspecto: moral, intelectual y físico.

Concebida así, la educación es la misión más grande, más altruísta, más elevada y generosa que imaginarse pueda, aunque los Dioclesianos de la canalla contemporánea suelen emplearla como instrumento corruptor tal cual vez y secundariamente otras. Después de la caída de los viejos ídolos recalcitrantes, que inclinaban las frentes adolescentes y nevadas ante dioses de madera, no queda en el mundo otro sacerdocio, ni otro apostolado que el del maestro, ni otro dios que la educación y la cultura bien entendidas. Son ellas, educación y cultura, las que, cual desposadas de Guyau, nos hacen entrever todas las auroras el reinado de la libertad consciente.

Pero, he aquí que la realidad nos dice que la educación pública se ejerce de diversas maneras, no concordantes todas ellas con el espíritu libertario que imprimió la “Reforma” en nuestra joven Universidad. Nos demuestra ese ejercicio que, así como en la mayoría de las profesiones falta concepto ético, aquí —aunque en cuestión más grave—, ha pasado lo mismo. Desgraciadamente así ha sucedido también con el maestro, con el indicado, con el señalado por el índice alerta de la opinión pública para marcar caminos, rumbos y sendas a seguir, para formar conciencias pletóricas de ideal y de verdad. Y en el duro remachar de la reforma estudiantil, se han visto casos de maestros que propagaban un prejuicio o un dogma; otros que propalaban principios muy ajenos a la verdad o a la ciencia misma; aquellos que no poseían el gran concepto moral que implica la cátedra; algunos que la abandonan y la reducen a un empleo en el que se percibe un sueldo para formar conciencias torcidas o feminados adolescentes y, por último, y éstos son los más, existían otros que creían que el ser maestro consiste en enseñar a un reducido grupo de elegidos, favorecidos por la fortuna de sus padres, que pueden costearles, no sólo carreras universitarias, sino también vicios y otros gajes. No se les ha ocurrido pensar que la tarea del educador moderno no se sintetiza, no puede sintetizarse a encerrarse con siete llaves en las instituciones científicas o entre las cuatro paredes de un aula para pasarse cinco o diez años con veinte jóvenes buscando la piedra filosofal a través de los programas oficiales. ¡No, mil veces no! La educación es por definición prolífica, amplia, universal; como el agua, como el aire como el sol; y el verdadero educador debe enseñar a todo el que necesita de ella, sin preguntarle quien es, de donde viene, que colores políticos o que ideas filosóficas o religiosas profesa. Porque la educación no es, no puede ser para determinadas personas; se ha hecho para el hijo del hombre y esto no reconoce límites. A todo esto obliga el título superior de maestro. Bueno es saberlo, por lo menos; los que tal no hagan han usurpado el expresado título y deben llamarse simples empleados a sueldo del poder administrador.

Amargo es decirlo, pero nada más amargo que la verdad; sin embargo, nada más salvador. Desde el punto del Estado y muchas instituciones, en nuestro país hay todavía mucho atraso en la enseñanza y en la educación.

Nadie nos negará que la educación de nuestro país descansa todavía sobre un formidable triángulo: Dios, Patria, Estado. Las dos primeras entidades son imaginarias y la última es una ficción. Por lo menos son construcciones artificiales. La educación contemporánea tiene de las dos primeras el dogma, la obediencia y el prejuicio y de la última el régimen, el marco y la disciplina. Nada más sujeto y encadenado puede pedirse, como se ve. Pues bien: creemos que la educación no debe tener cortapisas de ninguna especie; debe ser libre y no tener otro dogma que la verdad. De ahí sus pésimos resultados. “La extraordinaria incertidumbre de toda enseñanza pública, dice Federico Nietzsche, es tal, que produce a todo adulto la impresión que su sólo educador ha sido la casualidad. Esto se explica por el hecho de que hoy las autoridades pedagógicas, “tanto antiguas como nuevas”, como en tumultuosa reunión pública, quieren más ser atendidas que comprendidas y demostrar a toda costa, a veces a gritos, que *existen aun* o que *existen ya*. Ante este ruido insensato, los pobres maestros y educadores han comenzado por ensordecer, después por callar, y por fin su espíritu ha quedado embotado y se contentan dejándolo correr todo, tal como lo dejan en el cerebro de sus alumnos. Si no se han educado a sí mismos, ¿cómo es posible que eduquen a los demás? No representan un tronco poderoso lleno de savia y derecho: el que quiera apoyarse en ellos deberá deformarse, torcerse y acabar por aparecer contrahecho”.

Es curioso lo que pasa con ciertos prejuicios: el dogma religioso se relegó al pasado por pertenecer, según concenso universal, a la conciencia privada de cada hombre: al sentimiento en una palabra. Pero se enseña el dogma de patria, asistiendo las mismas razones para su rechazo. Es él muy respetable, pero la escuela no sabe de fanatismo, de ficciones muertas, de entidades imaginarias: desde Augusto Comte, y otros, a nuestros días, no debe emplearse otra cartilla que la ciencia, la estética y la filosofía, que no tienen patria. . .

Pensemos, al contrario, que la educación debe construirse—cualquiera que ella sea: universitaria, primaria, secundaria—sobre un gran círculo: la tierra, cuyo centro será un poderoso punto: el hombre.

II

En la época en que vivimos, iconoclasta y confusa, quizá la misión más grande de los maestros sea aquella operación que recomendaba como previa el espíritu sutilmente filosófico de Manuel Kant: “Orientarse en medio de las diferentes doctrinas”,

Mucho se acerca el tiempo porque atravesamos al del mundial tribuno en que todos sabían lo que había que derruir, pero nadie lo que había que construir.

Construir, destruir: he ahí los dos grandes sistemas que, tanto en educación como en filosofía, imperan en el mundo actual. Traducidos al lenguaje técnico serían: evolución y revolución. El primero corrige sin herir, reforma sin derrumbe, sana sin matar. El segundo amputa para reformar, derrumba para modificar, destruye para construir y mata para sanar. Nosotros tenemos como fundamental, si se quiere resolver en forma permanente el problema humano, al primero de los sistemas indicados. Pero, aplicado a la educación sería éste un punto de partida demasiado general. La educación que consideramos única sería, desde luego, la racional. Pero todo ello se refiere a los medios, a la forma. Necesitamos saber cómo debe ser esa educación en lo referente a lo que ha de abarcar y respecto a su orientación general: ¿será *unilateral*?, vale decir, se referirá a una serie única de conocimientos; o ¿será *integral*?, esto es, educará armónicamente todas las facultades del hombre.

En la Edad Contemporánea no es dudosa la elección: la educación del hombre debe ser integral, por la sencilla razón de que el ser humano es integral, que se compone de inteligencia, sensibilidad y voluntad. Hay que educar esas tres facultades simultánea y armónicamente, porque el hombre es un equilibrio natural y peligroso, es un reloj, una máquina sutil y delicada y en el lustre de esos tres elementos está, precisamente, el mantenimiento del equilibrio de tan excelsa balanza. Nadie duda que nuestra enseñanza oficial carece generalmente de dos de los factores mencionados, los referentes a la sensibilidad y voluntad; no tiene contenido moral, lo que nos parece una aberración.

Si educa sólo su voluntad, se convertirá en un autómatas y brutal ejecutor, materialista y gimnástico; si sólo su inteligencia, resultará un frío y rígido calculador; y educando solo sus sen-

timientos, será un sensiblero femenino que llorará la caída de las hojas y otras pequeñeces, manteniéndolo indiferente a los dolores humanos.

No hay que olvidar que el desarrollo extraordinario de una facultad, va en detrimento de las otras y puede llegarse a la aberración. El ideal, pues, de la enseñanza moderna consiste en el ejercicio armónico, coordinado de todas las potencias del espíritu.

De lo dicho, se deduce que para nosotros la enseñanza es un problema moral, especialmente. Tal afirmación variaría nuestros planes, sobre todo los de la enseñanza secundaria y especial; porque para formar un espíritu idealista, vale decir, moral, no basta ni la geografía, ni la economía política, etc.; sino que será indispensable la aducción estética porque educa el sentimiento virilmente, lo confirma en el ideal sustentado y coadyuva a la formación de la personalidad moral y social del hombre. Luego la filosofía que formaría la amplitud espiritual. . . No estaría mal, por ejemplo, para el caso de la educación estética, el establecimiento de un taller de arte, en vez de la fría y rígida enseñanza que hoy se da del dibujo. Esta idea ha sido ya aplicada por el talentoso Rector del Colegio de la Universidad, Doctor Saul A. Taborda. A esto podría agregarse un curso sobre los grandes poetas; también sobre las obras de arte famosas, etc.

Es fundamental para nosotros la forma en que se dará esa enseñanza, en general. En este sentido mantenemos lo que sobre el asunto hemos dicho en nuestra obra "Metodología y Enseñanza de la Historia". El error fundamental de la enseñanza secundaria, decimos allí, es que se quiere hacer del cerebro de los educandos un depósito informe de conocimientos, como diría Spencer; sin pensar que lo esencial no es *aprender* sino *comprender*. Lo fundamental es que el alumno se dé cuenta de la realidad y extensión del conocimiento, pues el conocimiento mismo lo tendrá siempre a mano en el libro y en todas partes. Agréguese a este principio un criterio de evolución para que el alumno viva su tiempo. . . Abrir en la mente de los jóvenes nuevos horizontes, incitarlos, inquietarlos; indicarles el camino de la *propia obra*.

En fin, pensamos que debemos *educar* antes que *instruir*; *disciplinar* más que *difundir* conocimientos; *comprender* más que *aprender*. Así llegaríamos al máximum: acostumbrar a *pensar* antes que a *retener*.

III

Pero la enseñanza siempre ha tenido un ideal, y es ello un problema grave. “¿Qué ideal, dice Max Nordau, se le debe inculcar a la generación que se levanta y que mañana se precipitará al asalto del poder...?” Pensamos que no existe problema más pavoroso para una democracia como la nuestra. El estado actual de la cultura ya no nos permite que vivamos supe- ditados al ideal griego, puramente estético y aristocrático; ni al oriental, exclusivamente moral y servil; necesitamos otro ideal, es decir, otra orientación en la enseñanza. Entre las preguntas: ¿debemos formar hombres?, ¿debemos formar ciudadanos?, nos parece que no cabe dudar que solamente debemos formar hom- bres.

En último análisis, y de lo expuesto, fácil nos es concluir que la orientación de la educación moderna no puede ser otra que *filosófica y estética*; educando así el corazón y el cerebro, en la doble comprensión de un ideal, sentimental e intelectual- mente abarcado. Formemos en el educando una personalidad moral, es decir, formemos el hombre para que viva intensa- mente su tiempo. Para t un fundamental tarea, la ciencia no basta: la filosofía y el arte, que van más allá de la ciencia, nos pue- den salvar, porque son los únicos que nos darán simultáneamen- te, como dice Henry Bergson (Evolución Creadora), “la teoría del *conocimiento* y de la *vida*”.. Sintetizamos toda nuestra doc- trina, en materia de orientación educacional, en este admirable y profundo pensamiento de Antonio Zozaya, que podría ser de Emerson: “Un hombre equilibrado aspirará siempre a sentir. pensar y querer mejor que el vulgo, es decir, a ser poeta, filó- sofo y hombre de bien”. Es lo que debemos hacer de cada edu- cando.

VICTORIO M. DELFINO.